

## LAS CIUDADES EXTREMEÑAS EN TIEMPOS DE FELIPE II. PROBLEMAS FISCALES Y DEMOGRÁFICOS

*José Pablo Blanco Carrasco*  
(Universidad de Extremadura)

**M**uchos años después de que naciera el interés de los historiadores por la ciudad, los intentos por definirla con términos precisos en la historiografía han deparado resultados diversos. Una sencilla acepción muy útil a efectos prácticos, pero con pocos seguidores entre el grupo de los historiadores de la sociedad, establecía por tales los asentamientos que tuviesen ese privilegio concedido por el rey. En otros casos, quizás los más numerosos, la definición nacía de la superación de un umbral demográfico variable pero oscilante entre parámetros muy parecidos. En un sentido doctrinal, Fortea Pérez<sup>(1)</sup> recuerda que la *civitas* tenía un contenido moral y propiamente administrativo: un conjunto de hombres que viven bajo una misma ley y bajo un mismo gobierno. Entre una y otra premisa, bajo la influencia de formulaciones nacidas muchas veces al margen de los esfuerzos teóricos de la historia, se proponían concepciones que calaron hondamente en una historiografía confusa y aparentemente falta de consenso. El resultado más interesante fue el nacimiento de conceptos tales como red urbana o sistema de urbanización que limitaban el alcance de la ciudad como hecho individual, dotándolo de significado sólo en relación con su entorno.

La consideración de la ciudad en términos históricos debe incluir una realidad espacio-temporal. En eso la historiografía se muestra unánime<sup>(2)</sup>. La ciudad medieval es diferente de la que persiste contra el empuje de los estados territoriales, y ésta a su vez lo es frente a la ciudad que se configura bajo el imparable impulso de la Revolución Industrial, y de la que será la ciudad post-industrial contemporánea; los asentamientos urbanos de finales del siglo XVI, aglomeraciones en una red de poblamiento dominada por los pequeños núcleos rurales, apenas alcanzaban tal consideración en el siglo pasado, y hoy día sería absurdo y poco práctico hablar en términos generales de una ciudad de 2.000 habitantes. Sobre su papel en el desarrollo del capitalismo y sobre su naturaleza feudal o *antifeudal* se ha discutido vivamente desde la formulación de las hipótesis de Pirenne y Postan. El debate alcanza también a los términos historia urbana e historia de la urbanización, que en cierto modo diferencian una historia individual de una historia que obliga a la consideración de la ciudad como integrante de un sistema más complejo.

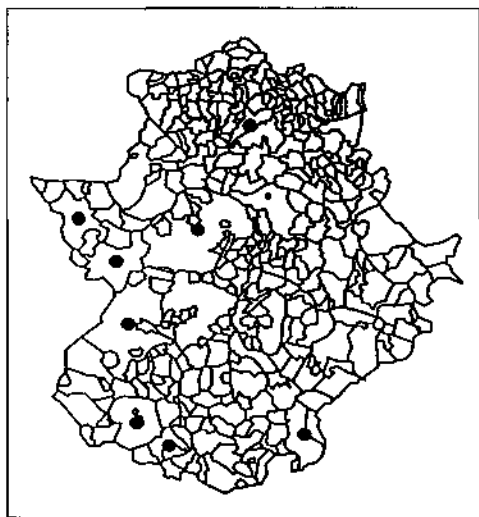
Como en otras partes, en España se cuenta con aproximaciones al problema que han pasado del estudio de las grandes aglomeraciones a mostrar más interés por las redes urbanas<sup>13</sup>. Los estudios individuales, cuyo protagonista era escrutado minuciosamente, han renovado su metodología acorde con las necesidades que mostraba la nueva historiografía con una fuerte carga social y económica. Buena prueba de ello es la aparición desde finales de la década de los setenta de estudios basados en las técnicas demográficas de reconstrucción de familias, o la nueva historia administrativa y política, más interesada por la formación de redes de poder y por el papel del Concejo que por la personalidad individual de sus integrantes. La aprehensión de redes urbanas, sistemas que sobrepasan el hecho del asentamiento individual e integran una realidad mayor numérica y conceptualmente, ha permitido situar firmemente el problema de la ciudad en España, aunque todavía hoy haya enormes lagunas en nuestro conocimiento de la ciudad de los siglos menos dotados documentalmente.

En esta comunicación prestaremos atención al proceso urbano de Extremadura -una región eminentemente rural- en la segunda mitad del siglo XVI. Para su explicación creemos necesario aclarar algunos aspectos que consideramos relevantes y necesarios, tales como el número de los habitantes y su reparto entre los diferentes núcleos a lo largo del siglo XVI, su estructura social y el desenvolvimiento de su estructura económica. Pretendemos con ello analizar tres de sus elementos característicos: naturaleza demográfica, los elementos de una organización socioprofesional peculiar y, finalmente, las circunstancias históricas que las enfrentaron a nuevas condiciones de crecimiento. Por lo demás, somos conscientes de que con ellos no se agota la riqueza de enfoques desde los que es posible mirar a la ciudad moderna, tanto individual como colectivamente, pero no es menos cierto que permiten acotar buena parte de la realidad histórica con precisión y rigor.

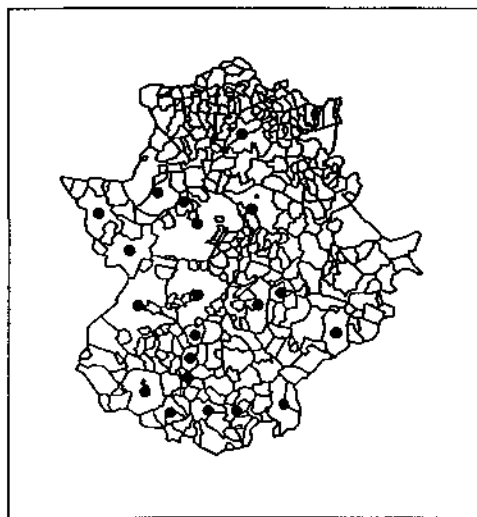
El contexto necesario para abordar el estudio del desarrollo de la red urbana extremeña es el Reino de Castilla, al que Extremadura pertenecerá en su totalidad después de su incorporación definitiva a la Corona desde finales del siglo XIII. La organización espacial heredada de este proceso distinguiría prontamente algunos de sus núcleos de referencia más importantes: Plasencia al norte, con Coria destinada a ser poco más que la sede episcopal. Trujillo y Cáceres en la zona centro, con Valencia de Alcántara y Alburquerque ocupando el cuadrante occidental de esta franja; Badajoz y Mérida en la zona centro-sur; Almendralejo como intermediario hacia Andalucía; un conjunto heterogéneo de ciudades y villas de gran tamaño como característica esencial de los territorios meridionales, entre las que se pueden destacar Fregenal y Jerez de los Caballeros en el sur-oeste; Zafra y Llerena en la zona central de la franja meridional; completarían la nómina Don Benito y Castuera en el cuadrante sur-oriental, más cercanos geográficamente a la zona sur castellana.

Hemos escogido un umbral de 3.000 habitantes por razones de representatividad. De utilizar un margen muy útil para unidades territoriales mayores (7.000 ó 10.000 habitantes), esconderíamos la realidad de una región cuya media de población a finales del siglo XVI era algo mayor de 2.500 habitantes. Bajo esta consideración, y teniendo como horizonte las cifras del recuento de 1591, una cifra de 3.000 habitantes permitiría abordar este análisis con cierto grado de representatividad.

El Mapa I representa la situación geográfica de los núcleos extremeños que superaron la barrera de los 3.000 habitantes en 1530. En mapas sucesivos (II, III y IV), se muestra dicha localización para fechas intermedias (1557), coincidentes con los preámbulos de la crisis demográfica y económica castellana; 1579 y 1591, fechas, estas últimas, plenamente insertas en la llamada crisis finisecular.



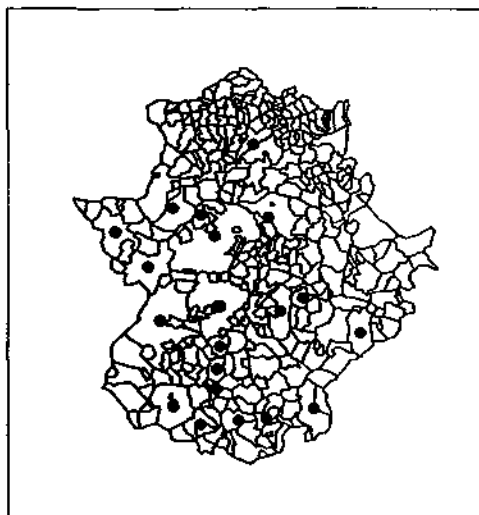
*Mapa I. Localidades con población superior a 3.000 habitantes en 1530.*



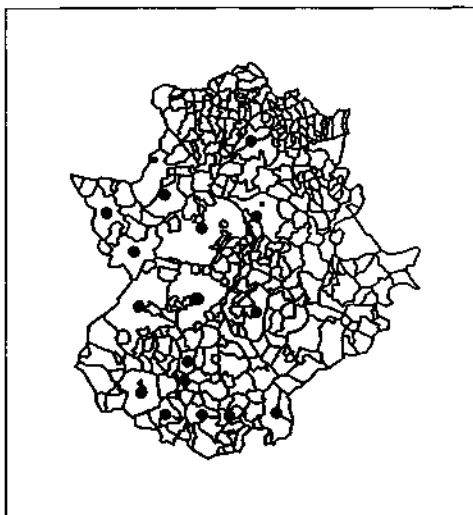
*Mapa II. Localidades con población superior a 3.000 habitantes en 1557.*

De la observación conjunta de los mapas I al IV se desprende sin lugar a dudas que una de las características de la red urbana regional extremeña es la concentración de los núcleos de mayor tamaño en la zona central y meridional; junto a esto, podría afirmarse que las zonas de montaña apenas cuentan con núcleos de relevancia, permitiendo no obstante la aparición de poblaciones de gran tamaño como elementos vertebradores y agentes activos de las economías rurales en estas zonas, como es el caso de Plasencia, y quizá, en menor escala Coria, Fregenal y Jerez de los Caballeros.

Otra elemental apreciación nace del análisis de la situación geográfica en la que se encuentran enclavados en relación con la red viaria principal y con la amplísima frontera que delimita toda la zona occidental extremeña. La tabla siguiente ordena los núcleos regionales según su naturaleza jurídica (ciudad, villa o lugar), el número de sus habitantes en dos fechas representativas (1530 y 1591), su situación con respecto a algunas de las redes de comunicación vertebradoras de los flujos comerciales, ganaderos y de personas en todo el Antiguo Régimen: la Ruta de la Plata y el Camino Real y los caminos a Córdoba y Ciudad Real, y por último su función más representativa -militar, eclesiástica o productiva-, aunque se consignará sólo como referencia secundaria por los diferentes papeles que puede adoptar.



*Mapa III. Localidades con población superior a 3.000 habitantes en 1579.*



*Mapa IV. Localidades con población superior a 3.000 habitantes en 1591.*

Algunos rasgos esenciales pueden extraerse de la tabla precedente. Las aglomeraciones de mayor tamaño se asientan en el trazado de las vías principales, aquellas que conectan el sistema central con la zona de influencia de las grandes ciudades andaluzas. Haciendo buenas las palabras de Braudel<sup>(4)</sup>, Plasencia, Cáceres, Mérida, Almodroalejo, Fuente de Cantos y Zafra, apoyaban su indudable potencial agrario sobre una posición geográfica que permitía el abastecimiento y el intercambio de mercancías entre zonas complementarias económicamente. El Camino Real que une Lisboa y Madrid atraviesa la región de noreste a suroeste, y a su vez conecta con una red secundaria que comunica todo el sur regional con la zona cordobesa. En aquel, Trujillo y Badajoz son las aglomeraciones más importantes, mientras que Llerena, Azuaga y Cabeza del Buey conforman, junto a numerosas villas de tamaño medio, la compleja red del poblamiento meridional extremeño<sup>(5)</sup>.

En los umbrales de la Edad Moderna, Extremadura participó activamente de la formación y el desarrollo del importante crecimiento urbano experimentado en la Corona de Castilla, especialmente en su primera mitad. A Albuquerque, Badajoz y posiblemente también Plasencia<sup>(6)</sup>, que son las ciudades extremeñas que superaban la barrera de los 5.000 habitantes en 1530, se unieron antes de acabar el siglo Brozas, Cáceres, Garrovillas, Jerez, Llerena, Mérida, Trujillo, Valencia de Alcántara, Villanueva de la Serena y Zalamea (vid. cuadro I), a las que cabe podemos sumar Fregenal si consideramos el futuro destino de la ciudad entonces sevillana. Éste fue el siglo de crecimiento urbano más intenso de los Tiempos Modernos en Extremadura. Todas las ciudades

**TABLA I.**  
**Población, situación y función de grandes núcleos extremeños**

Núcleo	1530	1591	Situación administrativa	Situación viaria	Función
Alburquerque	6042	6893	Villa	Frontera	Militar
Almendralejo	1930	3420	Villa	Ruta de la Plata	Productiva
Azuaga	3644	4590	Villa	Córdoba	Productiva
Badajoz	7600	10659	Ciudad	Camino Real	Militar
Cabeza del Buey	1402	3093	Villa	Córdoba	Productiva
Don Benito	2303	4226	Lugar	Ciudad Real	Productiva
Fregenal de la Sierra*	3283	5092	Ciudad	Frontera	Varia
Fuente de Cantos	2497	3420	Villa	Ruta de la Plata	Varia
Fuente del Maestre	2497	4081	Villa	Frontera	Varia
Jerez de los Caballeros	3488	7459	Ciudad	Frontera	Varia
Llerena	2652	-	Villa	Córdoba	Varia
Mérida	2565	4609	Ciudad	Ruta de la P.	Varia
Olivenza	-	6407	Villa	Frontera	Militar
Villanueva Serena	969	3667	Villa	Ciudad Real	Productiva
Zafra	2873	4408	Villa	Ruta de la Plata	Productiva
Arroyo de la Luz	2052	3078	Villa	Frontera	Productiva
Brozas	2744	3800	Villa	Frontera	Productiva
Cáceres	3245	6342	Villa	Ruta de la Plata	Varia
Plasencia	-	6623	Ciudad	Ruta de la Plata	Varia
Trujillo	1744	6004	Ciudad	Camino Real	Varia
Valencia Alcántara	3040	4860	Villa	Frontera	Militar
<b>Pob. Media</b>	<b>1821,79</b>	<b>2263,55</b>			

regionales, salvo Coria, y la mayoría de las grandes villas, se incorporaron hasta 1591 a las posibilidades de crecimiento que las estructuras agrarias, protoindustrial y comercial favorecía en toda la región, incrementándose considerablemente el porcentaje de población dedicado al artesanado y al comercio en la primera mitad del siglo. Buena parte de estos incrementos se consiguieron gracias a la llegada de emigrantes procedentes de otras zonas de la región y del entorno castellano y portugués. En Cáceres, el origen de los contrayentes en la segunda mitad del siglo XVI presenta un porcentaje muy significativo a este respecto, pues algo más del 70% de los contrayentes registrados entre 1514 y 1600 proceden de lugares ajenos al partido cacereño. La Badajoz del Quinientos<sup>(7)</sup> ofrece datos similares (62%), y un proceso parecido se ha observado en lugares tan distantes como Trujillo<sup>(8)</sup> y Zafra<sup>(9)</sup>. Almendralejo<sup>(10)</sup>, que experimentó un

crecimiento espectacular en la primera mitad del siglo, recibió por vía matrimonial un porcentaje significativo de emigrantes de origen extraprovincial y portugués, manteniéndose en un segundo plano los inmigrantes procedentes del perímetro más cercano, estimado en 30.

Aunque estaban lejos de las cifras que algunas ciudades andaluzas y castellanas alcanzaron en las mismas fechas, la ciudad de Badajoz albergó aproximadamente 7.600 habitantes en 1530, 10.431 en 1557 y 9.591 en 1591, lo cual implica un crecimiento relativo del 26% entre la primera y la última fecha, pero se eleva al 37% durante el segundo cuarto del siglo, período sin duda enormemente activo en el proceso urbanizador regional.

Los núcleos que superaban la barrera de los 3000 habitantes eran 6 en torno a 1501, aunque seguramente esta cifra habría que incrementarla con los datos de Plasencia, Badajoz y posiblemente Cáceres. En 1530, la nómina es básicamente la misma, pero se han incorporado algunos núcleos de la frontera, como Valencia de Alcántara, y otros, como los grandes núcleos santiaguistas (Mérida y Llerena) parecen haber rebajado su número de habitantes tras la grave crisis vivida en torno a 1508.

Al comienzo del reinado de Felipe II, en 1557, el número de núcleos que superaba este umbral ha crecido considerablemente. A los once de los que se conocen datos para estas fechas habría que añadir Plasencia, Zafra y Alburquerque, por el tamaño que alcanzará su población sólo veinte años después. Este período es con diferencia, el de crecimiento máximo de los grandes núcleos regionales. Será también en este momento cuando Badajoz supere por primera vez la barrera de los 10.000 habitantes con cierta soltura.

En torno a 1579 el panorama no es diferente. Los núcleos detectados veinte años antes siguen manteniendo una tendencia alcista, lo cual va a permitir que villas como Cabeza del Buey se acerquen a este nivel y otras, como Valencia de Alcántara o Trujillo experimenten tasas de crecimiento irrepetibles en todo el siglo XVI.

La situación que se vivirá en el largo decenio siguiente (1579-1591) presenta situaciones ambiguas. Si las poblaciones de mayor tamaño, como Badajoz, Alburquerque y Jerez de los Caballeros, consiguen un incremento importante (3,82%) en poco tiempo, quizá debido al protagonismo que alcanza la frontera en época de la unión de las Coronas Ibéricas; otras, como Mérida y Plasencia, sufren ya los primeros signos de la decadencia. El número de núcleos con población superior a 3.000 habitantes se mantiene prácticamente igual entre una fecha y otra, en torno a 20, pero las once poblaciones con más de 5.000 habitantes son sólo 9 en 1591: Mérida y Brozas han pasado de una categoría a otra.

Cáceres, una de las villas mejor conocidas historiográficamente en términos demográficos, incrementó su población en cerca de 1.000 habitantes entre 1530 y 1591, con una tasa de crecimiento anual que sobrepasaba el 8,50% entre 1530 y 1557<sup>101</sup>. Mérida, Zafra, Jerez de los Caballeros y Don Benito crecieron considerablemente también, sumando entre todas una tasa de incremento relativo del 84%, por encima del crecimiento alcanzado por las ciudades cacereñas y muy por encima del nivel general de incremento regional.

Los avatares por los que transcurre la población castellana de la segunda mitad del siglo XVI son cada vez mejor conocidos y no abundaré en ello. Es preciso sin embargo relativizar de nuevo las conclusiones sobre el proceso que finalmente desencadenó la crisis castellana. En el caso extremeño, los índices de crecimiento que se desprenden del análisis de los registros de bautizados entre 1550 y 1600 permiten plantear un inicio de la fase depresiva en torno a 1570, aunque están comprobadas notables divergencias entre los diferentes espacios regionales que desdibujan afirmaciones generales vertidas en este sentido<sup>(12)</sup>. Así, mientras parece suficientemente probado que el entorno placentino encontró un temprano freno al crecimiento secular experimentado hasta entonces, en Don Benito, uno de los puntos más dinámicos de la maltrecha red urbana regional, la regresión no es palpable hasta bien entrado el siglo XVII, y esto en forma de ralentización antes que de involución. La segunda, y no la primera, será la tónica a seguir por la mayoría de los grandes núcleos regionales.

Si excluimos del análisis de las tasas de crecimiento los casos con menor representación documental y aquellos valores que por su magnitud demuestran considerables alteraciones de la información en algún momento del siglo XVI, son evidentes al menos dos hechos: que las mayores tasas de crecimiento se obtuvieron en torno al segundo cuarto del siglo XVI y que buena parte de los núcleos extremeños comenzaron un descenso paulatino de sus valores desde la década de los años setenta.

La primera de las afirmaciones podría ser contrarrestada por la falta de credibilidad que han merecido los datos de 1530 frente al recuento de alcabalas de 1557-1561, no tanto por la exclusión de los grupos privilegiados, que en todo caso afecta a ambos extremos de la comparación, sino por los defectos del cómputo. Aún así es evidente que el crecimiento es general y que, con la salvedad de los datos de Trujillo, excesivamente altos para ser reales, la tasas de crecimiento continuo de los grandes núcleos regionales en este período debió situarse en torno al 5‰.

En torno a la segunda evidencia mencionada, las tasas de crecimiento son negativas en los núcleos más alejados de la frontera o aquellos que no tienen protagonismo militar. Badajoz, Alburquerque, Jerez, San Vicente, Montijo e incluso Cáceres deben responder a este patrón. El caso de núcleos como Almendralejo responden a una casuística diferente. El crecimiento aquí parece más en relación con una reactivación del mercado agrario y de la productividad. El resto mantiene entre 1579 y 1591 cierto crecimiento, pero es evidente que el máximo de población urbana se ha perdido ya a estas alturas del siglo.

Si el ensanchamiento de la red urbana extremeña adquiere intensidad y el protagonismo de las grandes villas y ciudades regionales fue creciente a lo largo de todo el siglo XVI, el siglo XVII presentó tempranamente los signos de la catástrofe. De los 300.000 habitantes aproximadamente registrados en 1530, sólo 13.642 —con la suma de Plasencia, de la que no se tienen datos tan tempranos, el porcentaje puede elevarse aproximadamente al 6%— lo fueron como residentes de núcleos mayores de 5.000 habitantes<sup>(13)</sup>; con el mismo criterio, la población urbana representaba algo más del 18% por ciento en 1591, lo cual significa un crecimiento absoluto y relativo importante. 1631, sin embargo, muestra una realidad netamente distinta. Si bien es cierto que los rasgos que se observaron a partir de las primera décadas del siglo XVII eran ya visibles

en determinadas zonas desde los años setenta del Quinientos, los primeros años de la centuria del Seiscientos fueron enormemente difíciles para el entramado urbano regional, seguramente incapaz de responder a las expectativas de su entorno rural.

A la altura de 1636 las únicas ciudades que parecen haber aguantado el tirón descendente fueron Badajoz, Don Benito y en menor medida Llerena. Cáceres perdió en esos años casi el 30% de sus habitantes; Plasencia, no tan castigada en los primeros años del siglo, vio decrecer sus efectivos demográficos en un porcentaje cercano al 20%, aunque en su caso la población parece tocar techo poco después de la segunda mitad del siglo XVI; Mérida, Jerez de los Caballeros, Brozas y buena parte de los grandes núcleos occidentales, conocieron una temprana y aguda decadencia que pareció acabar con todas sus expectativas y nubló, durante muchos años después, el antiguo prestigio detentado por ellas. La villa de Alcántara, que pese a no alcanzar los niveles de población que algunos núcleos vecinos tuvieron, declara en torno a 1738, que la pérdida de población afectó sobre todo a sus artesanos y a los labradores que no podían hacer frente a los encabezamientos reales. Acosados por las nuevas circunstancias económicas, con una red comercial maltrecha e incapaz de satisfacer incluso la demanda interior, el siglo XVII significará para los grandes núcleos regionales el fin de esplendores pasados.

Entre los factores que podemos tomar en consideración para explicar la decadencia urbana de Extremadura en el siglo destacaremos sólo tres: los problemas demográficos, como signo de un declive económico más amplio, la presión fiscal y la desarticulación del mercado de trabajo.

El ejemplo de la villa de Cáceres demuestra que la evolución de la población había entrado en una fase de estancamiento poco después de la llegada al trono de Felipe II. Los 125 nacidos por término medio del período 1550-1570 eran 120 en 1570-1590 y se mantendrán en esos términos hasta el final del siglo; los índices habrían descendido entre una fecha y otra en un 12%, lo cual implica ciertamente alguna reducción pero no es un valor adecuado para justificar una decadencia temprana. Datos de otros núcleos regionales insisten en la misma línea. En Zafra, un núcleo importante desde el punto de vista agrícola y ganadero, los casi 189 nacidos registrados en promedio en el quinquenio 1550-1554 fueron 200 entre 1584 y 1589, y sólo a partir de entonces parece demostrarse una fase descendente sin recuperación hasta pasada la primera mitad del siglo siguiente.

Badajoz mantiene una evolución no muy diferente. Tomando sólo en cuenta los datos de una de sus parroquias se descubre que el promedio de nacimientos mantuvo una fase de incrementos apreciable durante los primeros 25 años de la segunda mitad del siglo -de 241 nacidos por término medio se pasó a 348 en ese intervalo de tiempo-, pero a partir de entonces los índices se mantienen prácticamente en los mismos valores, aunque en franca decadencia. Con ligeros matices, el mismo caso se observa en Zafra, Fregenal de la Sierra, Almendralejo y Trujillo. En casi todas estas grandes poblaciones el crecimiento de la natalidad fue relativamente escaso entre 1550 y 1600, cuando no presenta claros signos de declive durante todo el período.

Aunque la evolución de la natalidad permite conocer con cierta seguridad la crono-



**CUADRO I.**  
**Evolución de la población de núcleos con más de 3000 habitantes**  
**(1591-1631)**

Núcleo	1501	1530	1557	1579	1591	1631
Alburquerque	-	6042	-	-	6893	7600
Almendralejo	1668	1930	-	3105	3420	3466
Azuaga	3040	3644	4419	4340	4590	3317
Badajoz	-	7600	10431	9591	10659	9169
Cabeza Buey	-	1402	2755	3192	3093	2937
Don Benito	-	2303	-	-	4226	-
Fregenal Sierra*	-	3283	6217	-	5092	4340
Fuente Cantos	4134	2497	3146	-	3420	2246
Fuente Maestre	3059	2497	3587	4264	4081	4940
Jerez Caballeros	8170	3488	6764	6745	7459	5411
Llerena	4746	2652	5844	5958	-	6221
Mérida	3112	2565	-	6544	4609	3865
Olivenza				-	6407	
Santos Maimona	2398	2584	2835	2706	2911	3146
Villanueva Serena	-	969	2584	3420	3667	2964
Zafra	-	2873	-	-	4408	4359
Arroyo Luz	-	2052	-	-	3078	3040
Brozas		2744	4469	5510	3800	4374
Cáceres		3245	5506	5852	6342	6392
Plasencia				8326	6623	4822
Trujillo	-	1744	6745	6574	6004	4522
Valencia Alcántara	-	3040	5073	4906	4860	4731
>3.000	6	7	11	14	20	19
>5.000	1	1	7	9	8	5
>10.000	0	0	1	0	1	0
Pob. Media	3311	2645	4138	4510	4360	4148

**CUADRO I.b**  
**Tasas de crecimiento continuo de las poblaciones mayores de**  
**5.000 habitantes en 1860**

Núcleo	1501	1530	1557	1579	1591
	1530	1557	1579	1591	1631
Albuquerque	-	-	-	-	1,06
Almendralejo	2,19	-	-	3,50	0,14
Azuaga	2,71	3,10	-0,36	2,03	-3,53
Badajoz	-	5,09	-1,66	3,82	-1,63
Cabeza del Buey	-	10,86	2,91	-1,14	-0,56
Don Benito	-	-	-	-	-
Fregenal Sierra	-	10,27	-	-	-1,74
Fuente Cantos	-7,55	3,72			-4,57
Fuente Maestre	-3,04	5,83	3,41	-1,58	2,07
Jerez	-12,74	10,65	-0,06	3,64	-3,49
Llerena	-8,71	12,71	0,38	-	-
Mérida	-2,90			-12,68	-1,91
Olivenza	-	-	-	-	-
Los Santos	1,12	1,49	-0,92	2,65	0,85
Villafranca	-0,14	5,36	0,00	-1,67	2,34
Vva. Serena	-	15,78	5,53	2,52	-2,31
Zafra	-	-	-	-	-0,12
Arroyo Luz	-	-	-	-	-0,13
Brozas	-	7,85	4,13	-13,45	1,53
Cáceres	-	8,50	1,20	2,91	0,08
Plasencia	-	-	-	-8,28	-3,45
Trujillo		21,76	-0,51	-3,28	-3,08
Valencia		8,24	-0,66	-0,34	-0,29
<b>Promedio</b>	<b>(-2,66)</b>	<b>(8,78)</b>	<b>(1,45)</b>	<b>(-0,43)</b>	<b>(-0,67)</b>

logía con la que la crisis afecta a los grandes núcleos regionales, las escasas aportaciones que pueden elaborarse a partir del análisis de la mortalidad añaden cierta claridad a algunos de estos procesos. En la villa de Cáceres, por ejemplo, la mortalidad adulta presenta valores al alza durante todo el período conocido. Los 26 difuntos registrados en tres parroquias locales en el quinquenio 1566-1570 eran 46 diez años después y llegarán a 64 en los años finales de la centuria. Esta evolución demuestra, creemos, que frente al estancamiento con el que se comportaban las variables positivas, la mortalidad y, como veremos más adelante, la emigración, comenzaron a afectar seriamente a los grandes núcleos en torno a finales de la década de los setenta. De este modo, frente a una tasa de natalidad que apenas osciló entre 1557 y 1591 en un sólo punto, la tasa de mortalidad adulta lo hizo por encima de seis. En Badajoz, por ejemplo, esta variación resultó ser entre 1579 y 1591 de ocho puntos y seguramente fuese mayor si la comparación pudiese retrotraerse más.

También parece evidente un aumento de la mortalidad catastrófica en ese intervalo de tiempo. Con datos de nuevo referidos a la villa de Cáceres se demuestra que los tres picos de mortalidad observados en el decenio 1571-1581, con especial relevancia en 1575, no parecen haberse solucionado demográficamente antes de producirse el siguiente en torno a 1591, y por supuesto tampoco en 1597-1599, momento especialmente grave en la estructura demográfica regional. En Plasencia, la presencia de la peste finisecular está documentada por vías indirectas. Sabemos, por ejemplo, que en torno a 1597 la afluencia de pobres era tan numerosa que las autoridades se vieron necesitadas de articular medidas de contención y sostenimiento de la población excepcionales. Los repartos de alimentos y las prácticas de aislamiento parece que surtieron efecto, porque según información coetánea, los muertos fueron muy pocos.

Posiblemente la falta de protagonismo de la red urbana debe considerarse como una de las consecuencias más directamente relacionadas con la emigración hacia el exterior. De la ciudad de Trujillo salieron con destino a América 1.542 emigrantes durante el siglo XVI, con un incremento notable a partir de 1530; 837 personas abandonaron Zafra. Mérida, Plasencia y Cáceres contribuyeron con 636, 505 y 760 emigrantes respectivamente. En definitiva, algo más del 50% de los emigrantes americanos salieron de villas y ciudades que contaban a lo largo del siglo XVI con más de 3.000 habitantes. Durante esta centuria la cifra rondará los 8.000 extremeños (Sánchez Rubio, 1993: 171-179), y debió ser aún mayor si tenemos presente el número de emigrantes que utilizaban vías de salida clandestinas, el impacto que tenían sobre las poblaciones de origen y el efecto inducido que esta emigración, compuesta esencialmente por jóvenes y adultos solteros, tenía sobre las tasas de crecimiento de las zonas que abandonaban. Aunque sabemos que la emigración americana no alcanzó las cifras ni la importancia atribuidas por los memorialistas -que encontraban en la emigración colonial una de las causas más importantes de la decadencia demográfica castellana-, es preciso apuntar que la intensificación de los movimientos migratorios coincide en el tiempo con el inicio de la decadencia demográfica extremeña, y que ésta cesó cuando las grandes villas y ciudades regionales alcanzaban sus cotas de población más bajas desde los inicios de la Baja Edad Media.

La estructura profesional se caracteriza en la mayoría de las ciudades y grandes

núcleos extremeños por unos altos porcentajes de dedicación primaria y secundaria. Lo más llamativo es que desde mediados del siglo XVI hasta el final de la centuria este esquema de ocupación parece inalterable. En torno a 1554 un 29,5 de la población activa se repartía en labores relacionadas con la agricultura y la ganadería; en 1567, el porcentaje fue del 25%, para mantenerse así hasta finales de la década de los años setenta. El sector secundario acumulaba valores que oscilaban entre el 49,5 de mediados de siglo (1554) y los 50,4 registrados en 1578. A finales de la centuria, en 1595, el porcentaje de agricultores y ganaderos en la villa de Cáceres era del 17,2% y entre trabajadores de la construcción, la rama del metal, y el transporte suponían en torno a un 45%. El crecimiento mayor se observaba entre los oficios relacionados con los servicios: entre transporte, servidumbre, sanidad y el resto de las actividades administrativas y de servicio sumaban el 38% restante. Por comparación con recuentos anteriores, el crecimiento en este último sector fue considerable, lo cual indica, creemos, una baja en las actividades productivas en beneficio de una sociedad progresivamente más rentista. Confirma esta polarización el hecho de que el porcentaje de personas declaradas como pobres por las autoridades fuese del 23-26 por ciento entre 1557 y 1567 y del 36 por ciento en 1595.

El proceso, pues, nos remite a situaciones de presión fiscal y contributiva que minaban la economía familiar. Son dos las fórmulas por las que este fenómeno puede presentarse, aunque de hecho es más probable que actuasen de manera conjunta que siguiendo normas de comportamiento e incidencia independientes: por una parte, el incremento de las necesidades impositivas de la corona oscilaron entre los años iniciales durante los reinados del emperador Carlos y Felipe II. En el reinado del rey Prudente las necesidades recaudatorias pasaron de 100.672 maravedíes en 1557 a 2.196.360 a finales de la centuria, lo cual, independientemente de la devaluación de la moneda implica un considerable revés para las economías familiares. Como se ha demostrado para otras latitudes, hasta 1595 no sólo se fueron elevando considerablemente las cargas, sino que éstas recaían progresivamente sobre los vecinos encabezados antes que sobre las rentas arrendadas<sup>(14)</sup>, lo cual significaba una presión efectiva mayor sobre las familias pecheras. En 1532 se requería a la provincia de Trujillo un encabezamiento cifrado en 4,8 millones de maravedíes. Cincuenta y seis años después, en 1579, por ese mismo concepto se pagaban cerca de 99 millones, y esto sólo representaba una parte, aunque considerable, del valor total de la alcabala. El resultado final es que si en 1532 los 48.779 vecinos de la provincia de Trujillo estaban repartidos en 98,11 maravedíes por pechero, algo menos de cincuenta años después esta relación alcanzaba cotas mucho mayores. En conjunto, el valor promedio del repartimiento de 1579-1584 sería algo mayor de 1225 maravedíes. Finalmente parece claro que la presión de la población urbana sobre los precios locales de los bienes elementales de la subsistencia, como el pan y el trigo, no parecen guardar una relación excesivamente marcada. Los datos que proporciona Pereira Iglesias pueden alinearse en este sentido<sup>(15)</sup>.

Las funciones esencialmente agrarias de las villas y ciudades regionales, la marginalidad económica y geográfica de Extremadura, la subordinación a los grandes centros económicos castellanos y andaluces y las vicisitudes de su historia económica, fueron algunos de los factores que dificultaron el desarrollo y la consolidación de funciones

comerciales estables y la formación de una red urbana autónoma que finalmente fuera capaz de atraer más que una pequeña parte de los excedentes demográficos del mundo rural ajeno a su entorno inmediato, tan saturado que la población, falta de recursos y empleo local, hubieron de dirigirse hacia otras regiones, o, en casos coyunturalmente importantes —como la mayor parte del siglo XVI—, hacia las colonias americanas.

## NOTAS

- <sup>(1)</sup> J. I. FORTEA PÉREZ: "Las ciudades de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen: una revisión historiográfica". *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII: 3, 1995, pp. 19-60. Especialmente página 22.
- <sup>(2)</sup> A. MARCOS MARTÍN: "¿Qué es una ciudad en la época moderna? Reflexión histórica sobre el fenómeno de lo urbano." pp. 137-154. En IBID.: *De esclavos a señores. Estudios de Historia Moderna*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, Valladolid, 1992.
- <sup>(3)</sup> J. I. FORTEA PÉREZ: Op Cit.; P. CORREAS: "Poblaciones españolas de más de 5.000 habitantes entre los siglos XVII y XIX". *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VI, 1, 1988, 5-23; J.E. GELABERT: "El declive del mundo urbano en Castilla, 1500-1800" en *Obradoiro de Historia Moderna*, 1990; IBID.: "La ciudad y sus habitantes" *Obradoiro de Historia Moderna*, 3, 1994, 31-50; J. MONTEMAYOR: "La red urbana en Castilla la Nueva en los siglos XVI y XVII", *Brocar*, 13, 1987, 141-153; D.S. REHER: "Ciudades, procesos de urbanización y sistemas urbanos en la Península Ibérica, 1550-1991". En M. GUARDIA, FL. MONCLUS Y J. L. OYÓN: *Atlas histórico de las ciudades europeas*, Barcelona, s.f.; IBID.: "Desarrollo urbano y evolución de la población: España, 1787-1930". *Revista de Historia Económica*, 4, 1, 1986, 39-66.
- <sup>(4)</sup> F. BRAUDEL: *El Mediterráneo y el Mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1976, p. 415.
- <sup>(5)</sup> J. I. URIOL SALCEDO: *Historia de los caminos de España*. Vol. I., Editorial AC, Madrid, 1990.
- <sup>(6)</sup> No existen datos relativos a la población placentina en 1530 en ninguno de los dos recuentos disponibles para estas fecha en el Archivo General de Simancas (AGS).
- <sup>(7)</sup> F. CORTÉS CORTÉS: *Una ciudad de fontera. Badajoz en los siglos XVI y XVII.*, Badajoz, 1990.
- <sup>(8)</sup> G. SALINERO: *Trujillo d'Espagne. Une ville entre deux mondes*, D.E.A. d'Histoire Moderne, París, 1995. Ejemplar Mecanografiado.
- <sup>(9)</sup> F. CORTÉS CORTÉS: *La población de Zafra en los siglos XVI y XVII.*, Institución Cultural Pedro de Valencia, Badajoz, 1983.
- <sup>(10)</sup> F. ZARANDIETA ARENAS: *Almendralejo en los siglos XVI y XVII.*, Sayego, Almendralejo, 1993, pp. 238-239.
- <sup>(11)</sup> A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ: *Cáceres: Población y comportamientos demográficos en el siglo XVI*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1977.
- <sup>(12)</sup> BLANCO CARRASCO, J.P.: *Análisis demográfico y dinámica social de Extremadura en el Antiguo Régimen*. Cáceres, 1997. Tesis Doctoral inédita. Cap. II.
- <sup>(13)</sup> Algo más del 10% residía en localidades mayores de 3.000 habitantes.
- <sup>(14)</sup> J. I. FORTEA PÉREZ: *Córdoba en el siglo XVI. Bases demográficas y económicas de una expansión urbana*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. Córdoba, 1979.
- <sup>(15)</sup> J. L. PEREIRA IGLESIAS: *Cáceres y su tierra en el siglo XVI. Economía y sociedad*. Institución Cultural El Brocense, Cáceres, 1990, p.78 y ss.